III Trimestre de 2009
Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan

Notas de Elena G. de White

Lección 11
12 de Septiembre de 2009

Temas importantes de 1 Juan

Sábado 5 de septiembre

Por fe en Cristo nos convertimos en miembros de la familia real, herederos de Dios y coherederos con Cristo. En Cristo somos uno. Al llegar a la vista del Calvario, y al ver al Sufriente Real, que en la naturaleza humana llevó la maldición de la ley en lugar del hombre, son raídas todas las distinciones nacionales, todas las diferencias sectarias; se pierden todo honor de rango, todo orgullo de casta. La luz que brilla desde el trono de Dios sobre la cruz del Calvario da fin para siempre a las separaciones hechas por los hombres entre clase y raza. Los hombres de todas las clases se convierten en miembros de una familia, hijos del Rey celestial, no mediante un poder terrenal, sino por medio del amor de Dios que dio a Jesús una vida de pobreza, aflicción y humillación, permitió que muriera en la vergüenza y la agonía, para que pudiera traer muchos hijos e hijas a la gloria (***A fin de conocerle*****, p. 105**).

Con gracia en el corazón los creyentes deben hacer las obras de Cristo, colocándose de su lado con alma, cuerpo y espíritu, como su mano humana, al compartir su amor con los que están fuera del redil. Los creyentes deben unirse en una comunidad cristiana, considerándose entre ellos como hermanos y hermanas en el Señor. Deben amarse mutuamente como Cristo los amó. Deben ser luces para Dios, que brillen en la iglesia y en el mundo, recibiendo gracia tras gracia al impartirla a los demás. De este modo son guardados constantemente en cercanía espiritual a Dios. Reflejan la imagen de Cristo (***El ministerio médico*****, p. 421**).

Domingo 6 de septiembre:
La Deidad

La gloria del evangelio consiste en que se encuentra fundado sobre el principio de restauración, en la humanidad caída, de la imagen divina por medio de una manifestación constante de benevolencia. Esta obra comenzó en las cortes celestiales. Allí Dios decidió dar a los seres humanos evidencia inequívoca del amor que sentía por ellos. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

La Divinidad se conmovió de piedad por la humanidad, y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dieron a sí mismos a la obra de formar un plan de redención. Con el fin de llevar a cabo plenamente ese plan, se decidió que Cristo, el Hijo unigénito de Dios, se en-

tregara a sí mismo como ofrenda por el pecado. ¿Con qué se podría medir la profundidad de este amor? Dios quería hacer que resultara imposible para el hombre decir que hubiera podido hacer más. Con Cristo, dio todos los recursos del cielo, para que nada faltara en el plan de la elevación de los seres humanos. Este es amor, y su contemplación debiera llenar el alma con gratitud inexpresable. ¡Oh, cuánto amor, cuánto amor incomparable! La contemplación de este amor limpiará el alma del egoísmo. Hará que el discípulo se niegue a sí mismo, tome su cruz y siga al Redentor (***Consejos sobre la salud*, pp. 219, 220**).

Los que salen del mundo en espíritu y en todas sus prácticas, pueden considerarse como hijos e hijas de Dios; pueden creer en la Palabra del Señor como un niño cree cada palabra de sus padres. Para el que cree, toda promesa es segura. Los que se unen con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que demuestran con su vida que no siguen más el camino que seguían antes de que se unieran con sus agentes divinos, recibirán la sabiduría de lo alto; no dependerán de la sabiduría humana. Los cristianos, como miembros de la familia real e hijos del Rey celestial, para tratar correctamente con el mundo deben sentir la necesidad de un poder que sólo se origina en los instrumentos celestiales que se han comprometido a trabajar en favor de ellos.

Después de que hemos formado una unión con el gran triple poder, consideraremos nuestro deber para con los miembros de la familia de Dios con un temor reverente, mucho más sagrado que el que hemos sentido antes. Este es un aspecto de la reforma religiosa que muy pocos aprecian. Los que procuran contestar la oración, "hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra", mediante vidas puras y santificadas buscarán mostrar al mundo cómo se cumple la voluntad de Dios en el cielo (***Comentario bíblico adventista*, tomo 6, p. 1102**).

En nuestro bautismo nos comprometimos a romper con Satanás y sus agentes y a poner alma, mente y corazón en la obra de extender el reino de Dios. Todo el cielo está trabajando para este fin. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están empeñados en cooperar con los instrumentos humanos santificados. Si somos fíeles a nuestros votos, está abierta para nosotros una puerta de comunicación con el cielo: una puerta que ninguna mano humana o agente satánico podrá cerrar (***En lugares celestiales*, p. 61**).

Lunes 7 de septiembre:
La iglesia

Cuando nos unimos con la iglesia asumimos una gran responsabilidad, porque la iglesia es la familia de Dios, y los miembros de esta familia deben apartarse del egoísmo y buscar el interés de los demás; deben orar y trabajar por la salvación de todos (***Review and Herald*, 19 de enero, 1905**).

Aquellos que profesan ser miembros de la familia de Dios y esperan estar en pie alrededor del trono, deben cultivar aquí en la tierra el espíritu que prevalece en el cielo. "El amor es el cumplimiento de la ley", y el amor de Jesús en el corazón unirá a los miembros de la iglesia con lazos semejantes a los que existen en las costes celestiales. Tenemos un ejemplo perfecto en la vida de Jesús, y el hecho de que nosotros mismos lo representamos tan pobremente, debiera hacernos sentir humildes frente a otros que también cometen errores, Si no cultivamos la humildad, nos tornaremos duros y áspe-

ros, características que son satánicas. La frialdad, la desunión y las críticas en la iglesia anulan el trabajo del Espíritu de Dios (***Signs of the Times*, 18 de mayo, 1888**).

Creemos que al perfeccionar un carácter cristiano estaremos entre aquellos que formarán la familia de Dios en las mansiones que él ha ido a preparar para nosotros. Y nuestro Padre celestial nos lleva a su iglesia para que obtengamos un conocimiento que nos capacite para participar en la comunidad del cielo. "Bueno –dirán algunos– todo lo que yo quiero es que podamos mirar las cosas con nuestros propios ojos; pero están los quieren que todos vean como ellos ven". Todos tenemos características que deben ser cambiadas para estar listos para esperar al Señor en las nubes de los cielos. Debemos humillarnos ante Dios y aceptar el consejo: "Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado (1 Pedro 1:13).

El Señor no ha colocado en la iglesia a ningún individuo para que arregle las deficiencias de otros. Cada uno debe sentir que es su responsabilidad ante Dios ser una bendición para los demás con quienes se asocia, recordando que cada hermana y hermano ha sido comprado con la sangre de Cristo. Todos somos piedras vivas sacadas de la cantera, que necesitan ser pulidas y preparadas para la Nueva Jerusalén. Que nadie piense que no necesita ser pulido. Tan pronto como salimos de la cantera, tenemos que hacer un trabajo por nosotros mismos. No debemos tenernos en alta estima sino estimar a los demás como mejores que nosotros. Debemos elevar nuestras almas a Dios y pedir su ayuda, no sea que caigamos. Algunos son muy diligentes en buscar las faltas en otros, mientras se olvidan de trabajar por su propia alma (***Sermons and Talks*, tomo 1, pp. 39, 40**).

Martes 8 de septiembre:
La salvación

Ven a Jesús, y recibe descanso y paz. Ahora mismo puedes tener la bendición. Satanás te sugiere que eres impotente y que no puedes bendecirte a ti mismo. Es verdad: eres impotente. Pero exalta a Jesús delante de él: "Tengo un Salvador resucitado. En él confío y él nunca permitirá que yo sea confundido. Él es mi justicia y mi corona de regocijo". En lo que respecta a esto, nadie piense que su caso es sin esperanza, pues no es así. Quizá te parezca que eres pecador y que estás perdido, pero precisamente por eso necesitas un Salvador. Si tienes pecados que confesar, no pierdas tiempo. Los momentos son de oro. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). Serán saciados los que tienen hambre y sed de justicia, pues Jesús lo ha prometido. ¡Precioso Salvador! Sus brazos están abiertos para recibirnos, y su gran corazón de amor espera para bendecirnos.

Algunos parecen sentir que deben ser puestos a prueba y deben demostrar al Señor que se han reformado, antes de poder demandar sus bendiciones. Sin embargo, esas queridas almas pueden pedir ahora mismo la bendición. Deben tener la gracia de Cristo, el Espíritu de Cristo que les ayude en sus debilidades, o no podrán formar un carácter cristiano. Jesús anhela que vayamos a él tal como somos: pecadores, impotentes, desvalidos (***Fe y obras*, p. 37**).

Sería algo terrible estar delante de Dios, vestidos con la ropa del pecado, con su ojo que escudriña cada secreto de nuestras vidas. Pero mediante la eficacia del sacrificio de Cristo podemos aparecer delante de Dios puros y sin mancha, habiendo sido expiados y perdonados nuestros pecados. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). El pecador redimido, ataviado con las vestiduras de la justicia de Cristo, puede estar en la presencia de un Dios que odia el pecado, hecho perfecto por los méritos del Salvador.

Solamente por la fe en el nombre de Cristo puede ser salvo el pecador... La fe en Cristo no es obra de la naturaleza, sino la obra de Dios en las mentes humanas, realizada en la misma alma por el Espíritu Santo, que revela a Cristo, como Cristo reveló al Padre. La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven. Con su poder justificador y santificador, está por encima de lo que los hombres llaman ciencia. Es la ciencia de las realidades eternas. La ciencia humana a menudo es engañosa, pero esta ciencia celestial nunca induce a engaño. Es tan simple que un niño puede entenderla, y sin embargo los hombres más sabios no pueden explicarla. Es inexplicable e inconmensurable, y está más allá de toda expresión humana (***En lugares celestiales*, p. 51**).

Si alguien alcanza a cumplir con alguna cosa, es en cooperación con su Hacedor. Pero en lo que atañe a la salvación de las almas, Dios hace todo el trabajo. El ser humano es sólo su instrumento. Este no puede hacer la obra de Dios a su manera, puesto que cualquier actividad externa es vana a menos que Dios intervenga. Para ser obreros juntamente con Dios, el poder divino debe combinarse con el esfuerzo humano; la capacidad humana debe cooperar con las agencias celestiales puestas a su disposición. El instrumento humano debe orar, investigar las Escrituras y tener fe en ellas; y debe saber que Cristo es la propiciación por sus pecados y por los de todo el mundo (***Review and Herald*, 6 de mayo, 1890**).

Cuando, como consecuencia de la transgresión, Adán y Eva fueron privados de toda esperanza, y la justicia exigió la muerte del pecador, Cristo se dio a sí mismo como sacrificio por sus pecados. Todos los seres humanos cayeron bajo condenación, pero Cristo se ofreció para ser su sustituto y garantía. Daría su vida por la única oveja perdida que se había extraviado del redil, y que no tenía ninguna esperanza de retornar si no recibía ayuda. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados". "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (1 Juan 4:10; Isaías 53:6). Cada hijo e hija de Dios, si tiene a Cristo en su corazón, actuará como él; pero si no mora en Cristo, tampoco reflejará su carácter. Debemos exaltar a Jesús en nuestras palabras, en nuestras acciones, y en la forma de tratar a los que yerran (***Fundamentals of Christian Education*, pp. 283, 284**).

Miércoles 9 de septiembre:
Conducta cristiana

Toda alma que acepta a Jesús como su Salvador personal anhelará el privilegio de servir a Dios, y aprovechará ávidamente la oportunidad de señalar su gratitud dedicando sus capacidades al servicio de Dios.

Anhelará manifestar su amor por Jesús y por su posesión comprada. Codiciará el trabajo, las prisiones, el sacrificio. Considerará un privilegio negarse a sí mismo, tomar la cruz, y seguir en las pisadas de Cristo, manifestando así su lealtad y su amor. Sus obras santas y benéficas testificarán de su conversión, y darán al mundo la evidencia de que no es un cristiano espurio, sino fiel y consagrado (***Testimonios para los ministros*, pp. 400, 401**).

La fe genuina se manifestará en buenas obras, pues las buenas obras son frutos de la fe. Cuando Dios actúa en el corazón y el hombre entrega su voluntad a Dios y coopera con Dios, efectúa en la vida lo que Dios realiza mediante el Espíritu Santo y hay armonía entre el propósito del corazón y la práctica de la vida. Debe renunciarse a cada pecado como a lo aborrecible que crucificó al Señor de la vida y de la gloria, y el creyente debe tener una experiencia progresiva al hacer continuamente las obras de Cristo. La bendición de la justificación se retiene mediante la entrega continua de la voluntad y la obediencia continua.

Los que son justificados por la fe deben tener un corazón que se mantenga en la senda del Señor. Una evidencia de que el hombre no está justificado por la fe es que sus obras no correspondan con su profesión.
Santiago dice: "¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?" (Santiago 2:22).

La fe que no produce buenas obras no justifica al alma. "Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe" (Santiago 2:24). "Creyó Abrahán a Dios, y le fue contado por justicia" (Romanos 4:3) (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 464, 465**).

La justicia es la práctica del bien, y es por sus hechos por lo que todos han de ser juzgados. Nuestros caracteres se revelan por lo que hacemos. Las obras muestran si la fe es genuina o no.

No es suficiente que creamos que Jesús no es un impostor, y que la religión de la Biblia no consiste en fábulas arteramente compuestas. Podemos creer que el nombre de Jesús es el único nombre debajo del cielo por el cual el hombre puede ser salvo, y sin embargo, no hacer de él, por la fe, nuestro Salvador personal. No es suficiente creer la teoría de la verdad. No es suficiente profesar fe en Cristo y tener nuestros nombres registrados en el libro de la iglesia. "El que guarda sus mandamientos, está en él, y él en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado". "Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos". Esta es la verdadera evidencia de la conversión. No importa cuál sea nuestra profesión de fe, no nos vale de nada a menos que Cristo se revele en obras de justicia (***Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 254**).

La religión de la Biblia es para guiar la conducta de todo aquel que cree sinceramente en Cristo. La Biblia debe guiamos en nuestros deberes diarios de la vida. Podemos profesar ser seguidores de Cristo y, con todo, si no somos hacedores de su Palabra, seremos como la moneda falsa. No tendremos el sonido verdadero. Cada uno de nosotros es un miembro de la familia humana. Debemos amar a Dios y manifestar devoción por él mediante nuestras palabras y acciones. Nos debemos a cada miembro de la fa-

milia humana, sea blanco o negro, encumbrado o humilde, y debemos tratarlo con bondad y manifestar interés por su alma. Como miembros de una familia, somos todos hermanos (***En lugares celestiales*, p. 293**).

Jueves 10 de septiembre:
La verdad y las mentiras

El apóstol Juan escribe: "No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo" (1 Juan 2:21, 22). Están aquellos que dicen tener gran luz; que afirman tener comunicación con los espíritus de los muertos, pero niegan la divinidad de Cristo, y al hacerlo, niegan al Padre a quien Cristo representó en la Tierra. "Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre" (versículo 23). Son más y más los que niegan al Padre y al Hijo, pero la Biblia los describe claramente como anticristos. Muchos cuyos nombres están registrados en las iglesias y que dicen poseer gran piedad, si Cristo apareciera en medio de ellos lo rechazarían. Incluso hay profesos ministros del evangelio que enseñan herejías, engañan a muchos y llevan a miles por el camino de la apostasía.

Pero el apóstol escribe a los verdaderos seguidores de Cristo, diciéndoles: "Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna" (1 Juan 2:24,25). Esta es una preciosa promesa que se cumplirá en todos aquellos que permanecen en la verdad y no permiten ser desviados por las artimañas del engañador. "Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no-nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él" (1 Juan 2:26-29). Nuestro carácter debe ser modelado por el carácter de Cristo; y así como él vivió una vida de obediencia a los mandamientos de Dios, nos ha dejado el ejemplo para que sigamos sus pisadas. Al contemplar su carácter, seremos transformados a su semejanza. Debemos esperar que Dios revele sus planes para nosotros y entonces obedecer la verdad que nos santificará. Desobedecerle conscientemente sería estar en el camino hacia la perdición (***Signs of the Times*, 4 de julio, 1895**).

Viernes 11 de septiembre:
Para estudiar y meditar

***Los hechos de los apóstoles*, pp. 436-442.**